

Cuadernos del Rebalaje

Nº 32 / Enero-marzo de 2016 | ISSN: 2174-9868 | Edita ABJ

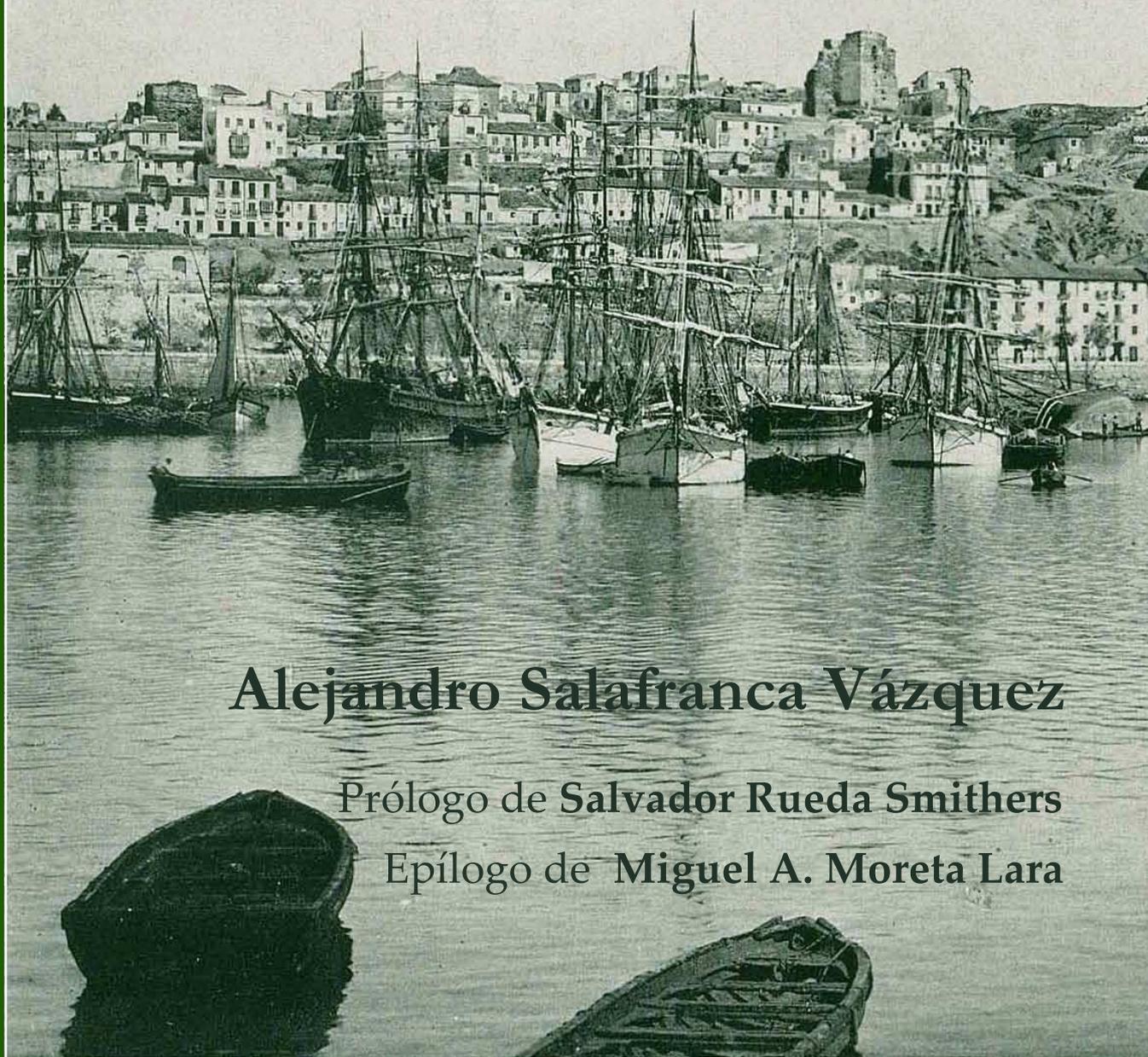
Málaga desde el mar

La ciudad en la mirada de Carlota de Bélgica
y Maximiliano de Habsburgo, emperadores de
México

Alejandro Salafranca Vázquez

Prólogo de Salvador Rueda Smithers

Epílogo de Miguel A. Moreta Lara



Cuadernos del Rebalaje

es una publicación periódica editada por la asociación cultural
Amigos de la Barca de Jábega

Se autoriza su uso y difusión citando procedencia y autoría

Dirección

Miguel A. Moreta Lara

Consejo editorial

Manuel Benítez Azuaga

M^a Jesús Campos García

Francisco Chica Hermoso

Eva Cote Montes

J. Felipe Foj Candel

Eulogia Gutiérrez Corral

Francisco Morales Lomas

Miguel A. Moreta Lara

Pablo Portillo Stempel

Coordinación, diseño y maquetación

J. Felipe Foj Candel

En www.facebook.com/cuadernosr y en www.amigosjabega.org se pueden
consultar las normas de estilo de publicación

Amigos de la Barca de Jábega

está inscrita en el Reg. de Asociaciones de Andalucía con el nº 9210 de la Sección 1. (Resolución de 29/07/2010)
y en el Reg. Municipal de Málaga de Asociaciones y Entidades con el nº 2372. (Resolución de 27/09/2010).

Domicilio social en el IES "El Palo". Camino Viejo de Vélez, s/nº. 29018-MÁLAGA.

infojabega@gmail.com



Málaga vista desde el Paseo de la Farola.
A partir de una tarjeta postal de Hauser y Menet (1891). Biblioteca Nacional

Málaga desde el mar

La ciudad en la mirada de
Carlota de Bélgica y Maximiliano de Habsburgo,
emperadores de México

Alejandro Salafranca Vázquez

Prólogo

Salvador Rueda Smithers

Epílogo

Miguel A. Moreta Lara



Cuadernos del Rebalaje nº 32



Escudo de armas del Segundo Imperio Mexicano*

* Ludovicus Ferdinandus. Elementos de Sodacan, Katepanomegas y Heraldier. Trabajo propio. Bajo la licencia CC BY-SA 3.0 vía Wikimedia Commons (Retocado).



Ilustración de D. Roberts en la portada del libro *Tourist in Spain* de Thomas Roscoe (1836)

SUMARIO

- **Prólogo: Málaga desde el mar o el encuentro con uno mismo**
- **Málaga desde el mar. La ciudad en la mirada de Carlota de Bélgica y Maximiliano de Habsburgo, emperadores de México**
 1. Prolegómenos
 2. Una visión insólita: Carlota y Maximiliano de Habsburgo en Málaga
 - 2.1. El momento y sus protagonistas
 - 2.2. Maximiliano y Churriana
 - 2.3. Málaga en la mirada foránea
 3. Despedida
 4. Referencias bibliográficas
- **Epílogo: Suspiros austrohúngaros (pasodoble)**



Imagen litografiada de Maximiliano extraída de su libro de memorias publicado en 1869. Ejemplar consultado en la Biblioteca Nacional del Instituto Nacional de Antropología e Historia en la Ciudad de México

PRÓLOGO

Málaga desde el mar o el encuentro con uno mismo

Salvador Rueda Smithers

Director del Museo Nacional de Historia, Castillo de Chapultepec,
en la Ciudad de México

ecía Borges que la memoria, como los sueños, se nutre de imágenes borrosas y entrañables. Las nuestras, esas que nos hacemos sobre hombres y mujeres y sobre lugares del pasado, son apenas jirones sedimentados en algún sitio de la mente. Imágenes fragmentarias, parcialmente nítidas en ciertos rasgos de los ojos y las bocas, de gestos que alguna vez acompañaron palabras que comportaron conductas dignas o aberrantes, en cargas simbólicas unánimemente legendarias y desgastadas, lo mismo pueblan la historia que nuestra biografía personal: todas son parte de la vida, habitantes de nuestro propio y singular mundo. Igual mecanismo sucede con las formas de las ciudades, a las que no concedemos remotas historias propias que las animen sino que pensamos que sus geometrías son casi eternas, inmutables, fijas en el tiempo y en la geografía.

No se libran de este conjuro dos personajes del mediodía decimonónico arraigados en la memoria mexicana, los emperadores Maximiliano de Habsburgo y Carlota de Bélgica, efímeros gobernantes trasplantados por Napoleón III al México ya republicano, radical y feroz. El dibujo del perfil de esta pareja imperial está trazado por las duras marcas de la tragedia. Poco más de tres años que la historia se ha empeñado en descalificar, señalaron finales dignos de un drama romántico. Espectrales, su reducido recuerdo llama más a la compasión que a la infamia. De cualquier modo, sus vidas quedan cifradas por un instante: el del último destino. Sus huellas, dispersas en notas marginales de diarios y cartas exhumadas con cierta nostalgia intelectual se abren con frecuencia a los ojos de lectores curiosos que refrescan el soplo de esas vidas extintas, de sus gustos idos, de aquellas lenguas muertas junto con los protocolos cortesanos.

Pero la sorpresa siempre acecha en cada lectura. Salta donde no se le espera. Entonces las biografías achatadas por la memoria más elemental toman volumen, recuperan proporción humana. El secreto está en que los relatos se entrecruzan con nuestras experiencias. Tal fenómeno es vivido y relatado por Alejandro Salafranca gracias a la rara intermediación de unos episodios del viaje de Maximiliano y Carlota a Málaga en el otoño de 1859, un lustro antes de la malhadada aventura mexicana. No deja de ser admirable: miles de ojos debieron pasar por aquellos renglones que los aceptaban como pura literatura de vidas ajenas, hasta que llegaron a los del malagueño Salafranca, antropólogo avecindado en México. En ese instante portentoso, desapareció el lugar común, se desvaneció la letra como entretenimiento para desdoblarse en puente a su realidad propia. Y es que entonces la lectura busca referentes en la memoria y el mundo se reconstruye y se amuebla.



Salafranca viaja a sus años infantiles y juveniles. Mira con los ojos de Carlota, recupera sitios, olores, personas; revalora lo que la memoria había ya escamoteado y fragmentado: la inteligente Carlota, educada para gobernar, atiende a los detalles de la geografía humana, que para Salafranca se convierten en sus puertos de descanso y balance espiritual, en los puntos que le permiten comparar el pasado remoto con el reciente. Aparece, inevitablemente, el *angelus novus*, el ángel de la historia cuyas alas arruinan toda creación humana al volar del pasado hacia el futuro. Se descubre que mucho queda en pie, sin embargo: la Málaga de 1859 que describe Carlota es distinta y al

mismo tiempo la misma que la Málaga de Salafranca siglo y medio más tarde. Demorarse en esta singular lectura, en la que Carlota regresa a su dignidad de princesa y presta su mirada al humanista Salafranca, reconforta el alma: desde el mar hacia la tierra adentro, el orbe de símbolos que perfilan a Málaga se reordena en el ir y venir del siglo XIX al XXI.

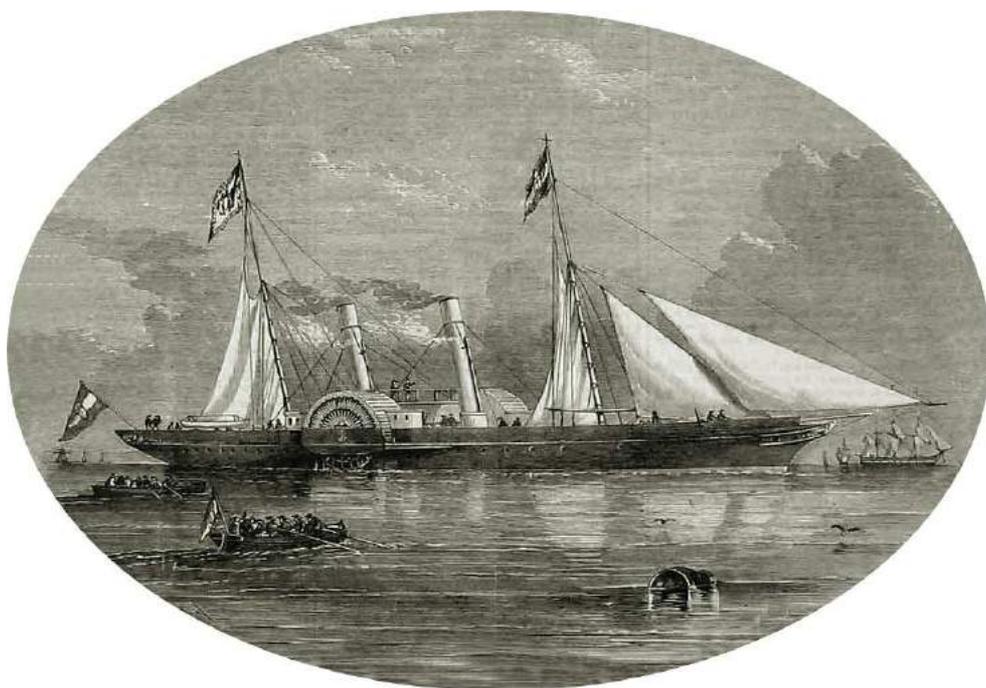
La comparación entre las notas de Carlota y las de su esposo, el entonces príncipe Maximiliano, virrey enamorado del Trieste y de la naturaleza domesticada de los jardines en el Parque de El Retiro, no deja dudas sobre la agudeza de cada cual. Miradas muy diferentes, como ofrece

Salafranca. Y debo decir que esta actitud mental prefiguró la conducta de ambos como gobernantes durante el imperio en México. Maximiliano, viajero romántico y equívoco intérprete de la realidad que le circundaba, resultó menos pragmático que la buena princesa –que llegó a tener el apodo de “princesa roja”, por su preocupación sobre la desigualdad social entre sus vasallos-.

Al reseñar su venturosa lectura, Alejandro Salafranca ya conocía el final de la historia: esa historia rota, fragmentada. Carlota abandonó su palacio mexicano de Chapultepec el 8 de julio de 1866; Maximiliano lo haría el 13 de febrero de 1867, ocho años después de su visita a Málaga. Tal vez no reparó en ese apurado momento que el palacio que ya dejaba para siempre y que adaptó con el gusto traído de Miramar, fue levantado casi un siglo antes por dos virreyes malagueños: el Castillo de Chapultepec sería una de las huellas memorables -un jirón, como toda memoria- de los gobernantes Matías y Bernardo de Gálvez.

Maximiliano, como lo hiciera en Málaga, tomó el rumbo de tierra adentro. Su destino fue el paredón de fusilamiento. Carlota viajaría hacia la larga oscuridad que la alejó de la historia; murió loca al comenzar 1927.





Yate imperial la *Fantaisie* en el que la pareja arribó a Málaga.
Imagen modificada de The illustrated London New, 1858.



Vista desde el Espigón c. 1865. J Vallejo y Galeazo. Litografía Mitjana. Biblioteca Nacional

Málaga desde el mar. La ciudad en la mirada de Carlota de Bélgica y Maximiliano de Habsburgo, emperadores de México

A Gisela Mendoza Jiménez, insustituible sacbé¹ entre el Jardín de la Nueva España y el Legado Andalusi.

1. Prolegómenos

Las tardes lluviosas en Ciudad de México son densas, bruselenses y plúmbeas. Entre mayo y octubre suele diluviar todas las tardes. Hasta no hace mucho lo hacía de manera puntual, y de unos años a esta parte Tláloc² sin palabra de honor se desquita con impuntualidad barroca. Por ende, hay que aprovechar las mañanas de los fines de semana para salir antes de que la ciudad se congestione bajo la implacabilidad de las tormentas vesper-

tinias. Aquel sábado soleado a primera hora salimos de cacería libresca a esa poblada y sobresaliente sabana literaria que es la librería Rosario Castellanos; tras dos horas de hojeo y ojeo, y varias obras envueltas en las ásperas bolsas reciclables de las librerías mexicanas de solera, regresamos a la guarida a comer y a devorar las presas impresas en la oscurecida tarde que prematuramente mandó al famoso sol mexicano hasta la otra cara del planeta. En la sala, mi hija comenzó a despepitar los ensayos de Octavio Paz sobre Buñuel, yo en el sofá revoloteaba sobre los ajustes de cuentas de Modiano, y mi mujer acurrucada en su cama, se adentraba en una dulce novela sobre las tribulaciones del nieto de

¹ Voz maya: camino blanco.

² Divinidad mesoamericana: es la Lluvia y es el Trueno.

Agustín de Iturbide, primer emperador del México independiente, y en las memorias mexicanas de una baronesa belga. Gisela se mesó el flequillo, se quitó las gafas bermejas con ademán intelectual, lamíó con regusto felino la parte roma de la patilla izquierda y me llamó a su lado. Acudí con cierta desgana desde mi acomodaticio apoltronamiento. Entré a la recámara sin dejar de oír la marabunta acuosa que anegaba el patio de la planta baja, y ya frente a ella, sentada en la cama, sonriente con ese rictus pícaro del que va a hacer un bien que sorprenderá al beneficiario, me espetó: “¡Carlota estuvo en Málaga y le fascinó la ciudad!, ¿sabías?, sí, sí, Carlota de Bélgica, la esposa del emperador Maximiliano, léelo tú mismo”. Yo siempre había imaginado a la pequeña Carlota correteando en el palacio real de Bruselas, viboreando a su cuñada Sisí en Viena, leyendo lánguidamente en Trieste, oteando el Anáhuac desde los balcones del Castillo de Chapultepec en México o recorriendo Yucatán con sombrero de ala ancha, pero ¿visitando Málaga? Me pareció francamente insólito. Por ello tomé la obra con ilusionante precaución; puse mis ojos en la cita que iniciaba con la fecha, *Málaga a 29 de noviembre de 1859*, y a continuación se desplegó ante mí un delicioso texto que daba inicio con la llegada desde el mar de Levante a la rada del puerto malagueño, a bordo del vapor imperial la *Fantaisie*, de la hija del rey de los belgas, a la sazón esposa del exvirrey austríaco de Lombardía Véneto, en ese momento jefe de la escuadra imperial austrohúngara en el Adriático y futuro emperador de México. De ese descubrimiento y de aquella lectura surge este texto que hoy la generosidad del equipo

de esta hermosa revista permite que todos compartamos.

¿Carlota en Málaga? No tenía noticia de tamaña rareza. La lectura con fruición de sus notas sobre las pocas horas que estuvo en esta tierra despertaron en mí un entusiasmo más allá de la novedad de la estadía malacitana de tan singular personaje. Me entusiasmó el texto en sí mismo por breve y brillante, por agudo, original e inteligente y por ser un escasamente conocido botón de muestra de cómo eran a ojos de una muy bien formada princesa belga, nuestras calles, gentes y costumbres en 1859. Sentí la necesidad imperiosa de compartir estas líneas con mis paisanos al otro lado del mar. Llamé a Miguel A. Moreta, le mandé una sinopsis del texto y me confirmó el precario conocimiento en la ciudad de esta visita, y ello me animó a redactar estas ocho mil palabras que pretenden compartir con mis paisanos de patria chica el gusto y el regusto que me envolvió aquella tarde en la que el lago ya extinto de Texcoco parecía querer volver por sus reales. Sólo quien no vive donde nació, como es mi caso, aquilata la emoción del hallazgo de puentes entre sus dos mundos. Este hallazgo es uno de esos puentes que siguen uniendo indefinidamente mis dos orillas.

Pero ¿quién era Carlota de Bélgica y qué importancia reviste que haya o no estado en Málaga y escrito sobre ello? Dejemos que se presente ella misma únicamente asistida por la pluma del gran Fernando del Paso quien en su novela cumbre *Noticias del Imperio* desgrana la personalidad de esta aristócrata decimonona a través de un monólogo insuperable que comienza así:

Yo soy María Carlota de Bélgica, Emperatriz de México y de América. Yo soy María Carlota Amelia, prima de la Reina de Inglaterra, Gran Maestre de la Cruz de San Carlos y Virreina de las provincias del Lombardovéneto acogidas por la piedad y la clemencia austríacas bajo las alas del águila bicéfala de la Casa de Habsburgo. Yo soy María Carlota Amelia Victoria, hija de Leopoldo Príncipe de Sajonia-Coburgo y Rey de Bélgica, a quien llamaban el Néstor de los Gobernantes y que me sentaba en sus piernas, acariciaba mis cabellos castaños y me decía que yo era la pequeña sílfide del Palacio de Laeken. Yo soy María Carlota Amelia Victoria Clementina, hija de Luisa María de Orleáns, la reina santa de los ojos azules y la nariz borbona que murió de consunción y de tristeza por el exilio y la muerte de Luis Felipe, mi abuelo, que cuando todavía era Rey de Francia me llenaba el regazo de castañas y la cara de besos en los Jardines de las Tullerías. Yo soy María Carlota Amelia Victoria Clementina Leopoldina, sobrina del Príncipe de Joinville y prima del Conde de París, hermana del Duque de Brabante que fue Rey de Bélgica y conquistador del Congo y hermana del Conde de Flandes, en cuyos brazos aprendí a bailar, cuando tenía diez años, a la sombra de los espinos en flor. Yo soy Carlota Amelia, mujer de Fernando Maximiliano José, Archiduque de Austria, Príncipe de Hungría y de Bohemia, Conde de Habsburgo, Príncipe de Lorena, Emperador de México y Rey del Mundo, que nació en el Palacio Imperial de Schönbrunn y fue el primer descendiente de los Reyes Católicos Fernando e Isabel que cruzó el mar océano y pisó las tierras de América, y que mandó construir para mí a la orilla del Adriático un palacio blanco que miraba al mar, y otro día me llevó a México a vivir a un castillo gris que miraba al valle y a los volcanes cubiertos de nieve, y que una mañana de junio de hace muchos años murió fusilado en la ciudad de Querétaro. Yo soy Carlota Amelia, Regente de Anáhuac, Reina de Nicaragua, Baronesa del Mato Grosso, Princesa de Chichén Itzá. Yo soy Carlota Amelia de Bélgica, Emperatriz de México y de América, tengo ochenta y seis años de edad y sesenta de beber, loca de sed, en las fuentes de Roma (Del Paso, 2012: 7-8).

Ahora se comprende mi entusiasmo al saber que un personaje de este calibre recalara y escribiera sobre mi tierra de origen en aquel lejano otoño de 1859. Con estos antecedentes comencé la fase de documentación para dar contexto al viaje. Descubrí, no sin algunos desvelos, que

páginas del diario dedicadas al paseo por Málaga.

Una vez leído el fragmentado diario resultaba tentador indagar en la posibilidad de que su esposo hubiera plasmado también sus impresiones sobre



Acera de la Marina, Cortina del Muelle y Catedral en 1870. Archivo Municipal de Málaga

Carlota de Bélgica había escrito un diario completo de aquel viaje por mar de 1859 y que este fue publicado en una edición familiar en Viena en 1863 bajo el título *Un hiver à Madeira 1859-1860* -muy al estilo de la obra *Un hiver à Majorque* de George Sand (1855)-. Busqué el diario original con fruición pero sin éxito y constaté que la obra no estaba disponible en castellano ni a la mano en francés. Así que me tuve que conformar con las breves citas incluidas en la obra de la baronesa Hélène de Reinach Fousse-magne, que me había descubierto Gisela, donde milagrosamente, y entre un escaso puñado de citas, se reproducen la mayoría de las

aquella misma jornada en que arribaron a Málaga procedentes de Italia. No parecía verosímil que Carlota hubiese viajado a Málaga sin su esposo (el todavía segundo en la línea sucesoria de la corona austrohúngara), teniendo además en cuenta su muy conocida faceta de escritor y viajero. Sabía que Maximiliano de Habsburgo en su primera juventud había estado en las costas de España entre 1851 y 1852 a bordo de la fragata imperial Novara, pero desconocía si en ese primer viaje fondeó en Málaga y desconocía también si siete años más tarde acompañó a Carlota hasta nuestra espaciosa bahía. Acudí a un libro reciente

titulado *Viaje por España de Maximiliano de Habsburgo*. Lo leí con expectación esperando encontrar alguna pista. Descubrí con desilusión que esta obra recogía únicamente fragmentos de las *Memorias* de Maximiliano publicadas en México en 1869 que a su vez son una traducción de una similar en francés que resumía el texto original en alemán compuesto por siete tomos publicados en Viena en esos mismos años. Es decir, estaba ante un escaso resumen de las memorias originales: en este sólo se describía el viaje adolescente de Maximiliano a España entre 1851 y 1852 y no mencionaba nada sobre una posible estadía malagueña en este primer periplo y, por supuesto, no hacía tampoco mención alguna al viaje de 1859 con su joven esposa a Málaga. Acudí en busca de las fuentes más directas y recalé en la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia donde localicé en seguida los dos tomos editados en México en 1869 que traducían al castellano del francés lo que los franceses habían traducido del alemán. Los viejos tomos me dieron dos sorpresas y una alegría. Descubrí que la incompleta recopilación de 2013 había

omitido un pequeño pasaje que a mis ojos era enorme: Maximiliano sí estuvo en Málaga en su primer viaje a principios de los años cincuenta y -una segunda gran noticia- también estuvo en nuestra ciudad acompañando a su esposa en noviembre de 1859. Como colofón di con una tercera alegría: en ambos casos el futuro emperador de los mexicanos escribió jugosas notas en su diario sobre este añejo puerto de salazones fenicios. Ya tenía la historia cuadrada, el matrimonio imperial mexicano había estado en Málaga en noviembre de 1859 y ambos, de diversa manera, con divergentes sensibilidades y opuestos intereses, habían escrito sobre la ciudad, ambos con plumas sensibles y aportando miradas interesantes desde cualquier punto de vista.

Surgió entonces la lógica pregunta: ¿Qué trajo a Málaga a esta pareja lejana con altas responsabilidades en el entonces convulso Imperio Austro-Húngaro?

Vista de la ciudad con la Aduana y el puerto.
1860. Foto Arenas-Archivo Municipal de Málaga



2. Una visión insólita: Carlota y Maximiliano de Habsburgo en Málaga

2.1. El momento y sus protagonistas

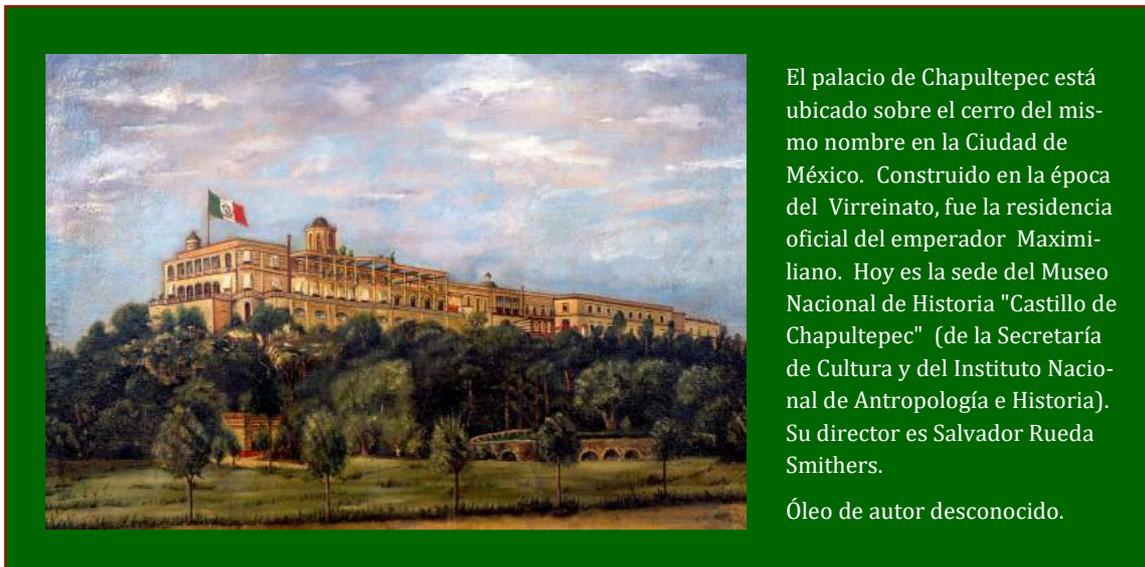
En 1859 Austria acaba de ser humillada por Francia y Cerdeña, y su hegemonía italiana parece a punto de fenecer. Las batallas de Magenta y Solferino asientan el poder bélico de Napoleón III y empujeñecen al emperador de Austria quien en persona comandó los ejércitos imperiales en sendos desastres. El hermano del emperador, Maximiliano de Habsburgo, hasta ese momento virrey de Lombardía-Véneto, ha sido destituido por su hermano, dada su falta de mano dura en el septentrion italiano, y lo ha confinado a Trieste, en su palacio de Miramar a orillas del Adriático, para desarrollar labores menores de supervisión de la flota austríaca en aquellas aguas. Maximiliano, segundo en la línea de sucesión, es a la sazón un príncipe cesante de empleo, sin virreinato, sin aspiraciones tangibles al trono, sin influencia política ni en Austria ni en Italia, y únicamente centrado en reformar la Marina de Guerra lo que le daría a la postre la alegría, estando ya en México, de saber que las velas austríacas que él tanto había procurado, habían derrotado a las italianas en 1866 en la batalla naval de Lissa. Sin embargo, en 1859 la supremacía francesa había confinado a

Austria en general y a Maximiliano en particular al ostracismo de la intrascendencia. En este contexto, el archiduque de Austria, un hombre joven recién casado hacía escasos dos años con la culta princesa belga Amalia Carlota, decide descansar tras el desastre bélico, poner mar de por medio, y emprender un largo viaje que lo llevará a salir de su retiro en Miramar y viajar hasta el Brasil. El Brasil monárquico de entonces, constituía una monarquía amiga y muy cercana al corazón del joven austríaco, pues antes de casar con Carlota estuvo prometido con la hija del emperador difunto Pedro I y de su viuda Amelia de Leuchtenberg. La novia murió prematuramente en Madeira en 1853; la tristeza embargó al joven novio y este llevó siempre con él hasta su fusilamiento, en recuerdo y homenaje a la occisa, un mechón de su desdichada prometida. Desde Brasil, y tras un periplo de tres meses por aquel reino, retornó al archipiélago lusitano para reunirse con su esposa y juntos retornar a Miramar, donde permanecieron sin contratiempos destacables hasta que el 10 de abril de 1864 aceptó la corona imperial mexicana. Esta decisión llevó a la pareja hasta México donde su arribo avivó la larga guerra entre conservadores y liberales transformándose esta contienda en una guerra entre liberales, comandados por el presidente Benito Juárez, e imperiales, encabezados por Maximiliano y apoyados por tropas francesas y en menor medida belgas y austríacas. A la postre, esta descabellada aventura le costará a México ahondar en su ruina material iniciada desde la guerra civil de Independencia, pero también supuso su eclosión por primera vez en el

concierto de las naciones como una república vigorosa, renovada y fuerte. A Maximiliano le costará la muerte en el paredón y finalmente a Carlota, que sobrevivió al hundimiento del régimen de su marido, le supondrá terminar su larguísima vida en Bélgica en un estatus quo, salvando las distancias, similar al padecido por Juana de Castilla en Tordesillas.

incentivo seductor a nuestra imaginación siempre ávida por lo desconocido (Ingler, 2005: 21).

No es de extrañar que nuestra políglota e ilustrada dama haya tenido la capacidad de escribir y describir Málaga en la forma en que lo hizo.



Pero nuestra historia se verifica en tiempos tristes pero promisorios: estamos en aquel viaje de recreo, descanso y olvido que empezó en Trieste en 1859 y que para Carlota culminará en Madeira antes de volver a Italia al año siguiente. Para Amalia Carlota el paseo de asueto no destila los tintes melodramáticos que supone para su marido. Es una viajera aguzada, su propia definición de cómo viajar así lo refleja:

Una excursión a un país que uno todavía no ha visitado, no es sólo una empresa instructiva, es un

Ella, serena, quiere disfrutar y asentar todo lo que ve, y para ello escribe un diario de una capacidad de observación sorprendente como vamos gustosamente a comprobar. Sabemos que estas líneas fueron fijadas durante su estadía en Madeira donde permaneció muchas semanas esperando el retorno de su marido desde el Imperio Brasileño al que no le acompañó. Démosle la palabra por fin a Carlota, quien tras algunas escalas en la Italia meridional y antes de poner proa en la *Fantaisie* rumbo a Gibraltar, Ceuta y Madeira, arriba con su esposo a Málaga:

Llegados a la ciudad por la noche, fondeamos en la rada. Málaga se ofrecía a nosotros con su alta catedral, las chimeneas de su industria, el blanco faro del que su excelente luz se ve a dieciocho millas mar adentro y el palacio cuadrado del gobernador. Algunos vapores franceses o españoles, numerosos barcos pesqueros y sus pintorescos chébeques, propios del Mediterráneo, llenaban el puerto. Yo encontraba un placer indescriptible en una ciudad española de la que el aspecto, nuevo para mí, me llamó mucho la atención.

Nada de ese estrépito ruidoso de Sicilia y del centro de Italia; dignidad por doquier, grandeza. Soberbios españoles de aire noble y fiero paseaban majestuosamente, tocados con pequeños sombreros con bordes de terciopelo negro y cubiertos con grandes capas echadas sobre los hombros. ¿Quién hubiera dicho que estos hombres de talla esbelta, de marcha elegante, no son sino miembros del pueblo? De hecho la palabra pueblo está desprovista de sentido en España; hasta el último mendigo, cada español es un caballero, es decir un gentilhomme.

Atravesando calles estrechas adornadas de mil balcones y de celosías verdes, en las cuales circulan bellas mujeres vestidas de seda negra con el velo, la mantilla y el abanico, llegamos a la catedral.

En el mismo instante llegaba un padre con ese enorme sombrero elongado que distingue al clero español. Entramos tras él en el templo. La catedral es una antigua mezquita de proporciones grandiosas; el coro está rodeado de un muro como si formara un santuario aparte, costumbre propia de España, que me parece responde mejor a la veneración debida del tabernáculo del Santo de los Santos, que nuestras rejas abiertas.

La misa acababa de comenzar en una capilla lateral. Nos arrodillamos sobre un escalón, porque en España no se acostumbra tener sillas en las iglesias, los españoles encuentran la manera de replegarse graciosamente sobre sí mismos cuando quieren sentarse.

La arquitectura de la catedral marca el paso del gótico al renacimiento; la cúpula pertenece íntegramente a este último estilo. Al descender los escalones de la gran fachada se llega al palacio del obispo, dependiente del de Granada.

Cada ciudad española tiene su alameda o paseo público, un camino largo plantado de bellos árboles donde se reúnen por la tarde la mayor parte de los habitantes. La alameda de Málaga está adornada con una fuente que fue donada a Carlos V por la república de Génova. Ahí nos esperaba un carruaje encargado de conducirnos al Buen Retiro, villa en los suburbios.

Este vehículo era una vieja y alta calesa tirada por dos caballos con arneses de cuero amarillo y un tercero, colocado frente a ellos, en el que los arneses parecían independientes de aquellos de sus compañeros, e incluso de la voluntad del cochero, y se iba siempre donde quería, sin inquietarse ni del fuate ni de las riendas.

.../...

.../...

Los señores que hicieron la ruta a caballo no llevaban silla de montar cuando partimos; al virar demasiado bruscamente estuvimos a punto de caer en la mitad del camino. Felizmente la calesa mantuvo su equilibrio y evitamos los comentarios desaprobatorios del grupo reunido alrededor de nosotros...

Por la noche fuimos al teatro. La noche era bella, estrellada; sobre todo Orión brillaba con resplandor. Era una fiesta para inspirar a alguien a tocar la guitarra. Atravesamos silenciosamente varias calles iluminadas solamente por la luz que centelleaba a través de las celosías y llegamos a la Plaza de la Constitución, de rigor en toda villa de España que se considere tal. Ahí se encuentra el ayuntamiento frente al cual desfilan las tropas en días de gala rindiendo tributo al retrato de la reina. De hecho, las constituciones españolas son tantas que cada ciudad puede bautizar así, según sus necesidades, a una de sus plazas.

Gracias a la generosidad de un señor que nos mostró el camino, llegamos pronto al teatro principal donde se representaba la ópera española "El Juramento". Según la costumbre del Midi, la luneta la ocupan los hombres. Al centro se encuentra el palco real, decorado con cortinajes de terciopelo rojo y un viejo tapiz de paño dorado sobre el que habían bordado las armas de España. Al fondo de este palco, a distancia respetuosa del asiento real, se sentó el gobernador, a quien sus amigos visitaban de cuando en cuando.

La pieza musical nos pareció aburrida y los cantantes lo hacían mal, no obstante yo estaba fascinada por el español y trataba de pescar la pronunciación pintoresca y viva. En ambos costados de la sala había dos gendarmes de quienes solo veíamos los ojos y los tricornos galonados; fuertes bocanadas de humo de tabaco nos llegaban a cada instante desde el corredor.

Los oficiales parecían preocupados por las noticias de la guerra que acababa de traer, esa misma noche, un vapor que llegó del África con los heridos de los cazadores de Madrid y de Alcántara.

Ya habíamos presenciado dos largos actos de la ópera y estábamos impacientes por llegar al ballet "La linda jerezana", que prometía ser una danza nacional, pero no respondió a nuestras expectativas. Los trajes eran tan feos como incorrectos, los pasos sosos y desprovistos de sentido. Es vergonzoso que en un país como España, en el que su encanto principal radica en sus costumbres nacionales, esta originalidad no sea fielmente mantenida en el escenario (Reinach, 2014: 113-114).

El texto no tiene desperdicio, desde el primer párrafo vemos una Málaga perfectamente reconocible.

El mismo faro blanco de cuya luz se asombra Carlota, es aquel que terminado de construir en 1817 había sido dotado

apenas en 1858, un año antes de la visita imperial, de una lente entadióptrica que emitía destellos rojos cada tres minutos. Este hermoso y potente faro no pasa desapercibido a los sensibles ojos de la dama belga.



La Farola y la batería de San Nicolás en El Guadalhorce (02.08.1840). Biblioteca Nacional

En un párrafo corto, preciso y certero define la Málaga de entonces con varios elementos destacables por nítidamente identificables con la Málaga contemporánea: la catedral, que describe en estilo y en hábitos de culto, el palacio cuadrado (antigua Aduana marítima), el Faro (Farola), las chimeneas fabriles, y aderezado todo ello por barcos de velas mediterráneas (chebekes) y por modernos vapores. Gobierno, mar e industria definidos desde el primer renglón. Desfilan en sus líneas la Alameda, la plaza de la Constitución con su Ayuntamiento y el teatro Principal. Salvo el actual Ayuntamiento y el actual teatro Cervantes (ambos edificios posteriores a la visita de la princesa belga), los demás, hasta en su nomenclatura, son perfectamente reconocibles hoy y, con lógicos matices, siguen siendo señas identitarias de nuestra ciudad. La Aduana sigue en pie, majestuosa, racional y a un tris de

transformarse en un gran museo arqueológico; desafortunadamente en nuestros días es menos visible desde el mar que cuando se erguía a pie de muelle dado el muro arbóreo del paseo de los Curas y del mismo paseo del Parque; el Faro -o mejor dicho la Farola-, reconstruida tras el terremoto de 1898 sigue en pie y su presencia visual debe resultar similar a la de hace 150 años; la Alameda sigue vertebrando el este y el oeste, algo herida tras tantos años de tráfico intenso y ciertas agresiones arquitectónicas mayores, pero continúa siendo una arteria con donaire, a pesar de haber perdido hacia 1910 la fuente de Génova que tanto admirasen Carlota o Andersen; la plaza de la Constitución conserva estructura y nombre y continúa ostentándose como el corazón sentimental del centro de la ciudad; la plaza del Obispo y su palacio ahí están pintureros y peatonales cubiertos por la sombra de la fachada catedralicia, y esta misma sigue manca y esbelta, burkizada su visión desde el mar por el denostado hotel y su cauda de altos inmuebles que se extienden hacia Levante formando un muro impenetrable que se eleva entre Postigo de los Abades y Cortina del Muelle que la esconden descaradamente de la mirada desde las cubiertas mediterráneas; ahí siguen también las chimeneas fabriles que se yerguen restauradas, esbeltas y muertas a pie de playa en el rumbo Poniente de la ciudad como muestra orgullosa del rico patrimonio industrial. La excepción quizá reversible y extramuros sea el Buen Retiro, jardín de fama mundial entonces, y hoy desaparecido del imaginario y del afecto de los malagueños.



Aduana y Castillo de Gibralfaro. C. Clifford, 1862. Biblioteca Nacional / La Catedral y su entorno urbano en 1862. Autor desconocido. [www.facebook.com.Málaga Ayer y Hoy](http://www.facebook.com/Málaga_Ayer_y_Hoy) / Fuente de la Alameda. C. Clifford, 1862. Biblioteca Nacional / Vista de la Alameda. Laurent, c. 1870. Biblioteca Nacional / Calle Atarazanas, 1880. Archivo Municipal

Los malacitanos tenemos una autoestima urbana endeble, quizá algo espoleada por el enorme patrimonio cultural inmueble de otras capitales andaluzas; somos algo cainitas en nuestra propia visión ciudadana y en nuestro nivel y capacidad de conservar el patrimonio histórico, pero créanme que pocas, muy pocas ciudades del mundo podrían resistir el paso de 150 años sin desfigurarse y casi ninguna podría caminar hoy teniendo como guía unas líneas escritas dos siglos antes. Barcelona, Madrid, Algeciras, Nueva York, Veracruz, incluso París, cuya venerada traza presente en nada se asemeja al viejo París anterior a la apisonadora de Haussmann, son todas ellas urbes en nada reconocibles en tantos elementos como lo es la Málaga de Carlota frente a la Málaga de hoy. Pervive en nuestra ciudad una raigambre identitaria imbricada en esos nombres de espacios públicos, en esas calles, plazas e inmuebles que dotan a Málaga de una prosapia que nos debe enorgullecer, lo que no significa que no lloremos de impotencia ante las sonadas barbaridades que el desarrollismo del siglo pasado hizo en nuestra piel urbana. La destrucción arquitectónica de los barrios perchelero y trinitario, la pérdida del convento mercedario y la desastrosa gestión posterior del solar que este ocupaba, el deterioro de la judería inasible por inexistente, el afeamiento palurdo perpetrado no hace tanto de la plaza de Uncibay, la pérdida por dejadez del paraíso del Retiro, la demolición de La Coracha, la cuestionable solución final del degradado Bulto, o la muy desafortunada pérdida hace algo más de un siglo del entramado de fortificaciones que defendían nuestro querido puerto.

Málaga y su memoria marítima perdieron para siempre la batería de San Rafael al final de la Alameda de los Tristes, la de San José frente a la Acera de la Marina, el fuerte de San Felipe defendiendo el puerto hacia Levante y la todavía visible hasta los años veinte del siglo pasado, batería de San Nicolás, precisamente enclavada a espaldas de la Farola y hoy engullida por el Club Mediterráneo; todos ellos ejemplos claros de desatinos bienintencionados que lacerando el pasado, quebraron sin derrotar la memoria reconocible de esta singular tierra nuestra. Málaga también se ha cebado con la huella histórica material de los modestos barrios marinos de entramados de cal, caña y teja en los que nuestros jabegotes, cenacheros y gente de mar vivieron en el siglo decimonono en la sempiterna pobreza. El patrimonio inmaterial, gracias a asociaciones como la que publica esta revista y a la labor de miles de malagueños, pervive, pero el patrimonio material del trazado y la visibilidad arquitectónica de las casas populares marineras, salvo excepciones muy contadas, ha desaparecido; nada queda de El Bulto, otrora barrio de pescadores, muy poco o casi nada del viejo Torremolinos, ni tampoco mucho resta de la vieja silueta de El Palo.

Pero seguimos en 1859 y continuamos en la senda de las notas de Carlota a quien no se le escapa ni siquiera el ambiente bélico en que bulle la ciudad a propósito de la guerra de África. Comenta la joven la preocupación que palpó por los heridos llegados de allende Alborán pertenecientes a los regimientos de Madrid y Alcántara. Sabemos que ambas unidades estaban todavía en Algeciras el

18 de noviembre, así que si ya arribaban heridos al puerto el 29 del mismo mes, estamos frente a las primeras bajas españolas tras la declaración de guerra al Sultán de Marruecos el 22 de octubre. Carlota percibió el puerto repleto de buques y no debemos olvidar que sólo dos semanas más tarde, el 11 de diciembre, embarcaría el cuerpo expedicionario al mando del teniente general Ros de Olano que saldría de Málaga hacia Ceuta en un convoy de 19 buques. La escena quedó retratada por Charles Yriarte, a la sazón reportero de guerra del *Monde illustré*:

La muchedumbre llenaba los muelles; volteaban las campanas, una banda militar tocaba la Marcha Real, los vítores de la multitud se mezclaban con el silbido de las locomotoras. Desde lo alto del muelle el obispo de Málaga bendecía las naves y las tropas; a su alrededor, la multitud devota se arrodillaba rogando por los que partían y que quizá nunca más volverían a ver tierra española.

Trascendidos el puerto y la guerra, Carlota, que en tan breve texto toca todos los palos, pasa a la admiración por la dignidad del pueblo malagueño. En sus descripciones de la idiosincrasia local parece escabullirse el dicho popular mexicano muy aplicable a la España decimonona: *El hambre me tumba pero el orgullo me levanta*. La enorme simpatía que nuestros antepasados gestaron en el alma de Carlota la llevó, como acabamos de comprobar, a no escatimar halagos sobre el carácter del pueblo español. En

esto disiente de la generalidad de la opinión romántica de su tiempo que, en el caso español, solía calificar con dureza extrema la idiosincrasia del pueblo llano ibérico. En Carlota “dignidad” es el término que destaca de manera mayúscula en su observación de los individuos de esta tierra: *Nada de ese estrépito ruidoso de Sicilia y del centro de Italia; dignidad por doquier, grandeza. Soberbios españoles de aire noble y fiero paseaban majestuosamente...*

Finalmente el texto se pierde en su estadía en el teatro Principal que en 1859 estaba ubicado en calle Comedias, databa de 1817 y contaba con 600 localidades. Lo vetusto del mismo, apuntado por la futura emperatriz mexicana, ya lo notaban los propios malagueños cuya burguesía 11 años más tarde disfrutaría del novísimo teatro Cervantes que en 1870 presumía de sus flamantes 2.000 localidades. Por su tamiz de observadora aguda desfila también el gobernador de la provincia y sus “amigos”, los gendarmes entricornados y severos, el público vivaracho, el español altisonante y la pésima calidad del espectáculo que según nuestra princesa desmerecía las ropas y los cantos populares españoles. De tal suerte que hasta lo estudiosos de la lírica pueden sacar provecho de tan escueto pero inteligente texto. Es una mujer citadina, con visión más humanista que naturalista, y en esto supera ciertamente los convencionalismos del romanticismo. Sensus contrario, su marido describió Málaga desde una mirada absolutamente distinta.

2.2. Maximiliano y Churriana

Ese mismo día, Maximiliano, el joven archiduque liberal que pronto se entronizaría en el lejano México con un desastroso final, tomó la pluma y dejó un largo relato de su paso por nuestra ciudad. Nada dijo del puerto, siendo él fundamentalmente marino, nada o muy poco dijo de la ciudad, salvo la inicial mención al acueducto de San Telmo -otro elemento que ha llegado salvo a nuestros días- y nada del trazado o de las costumbres de la urbe. Él, como prototipo de observador romántico de estirpe germana, centra sus comentarios en su pasión naturalista y nos deja un magnífico relato del jardín del Buen Retiro en Churriana, donde descubrimos que había estado, siendo soltero, en 1852 cuando arribó por tierra desde Sevilla.

Dos rasgos le confieren a su mirada originalidad frente al arquetipo romántico: el primero es que más que el paisaje natural de Málaga, le llama la atención un jardín hecho por la mano del hombre y modelado por la climatología favorable, y el segundo es que él al igual que su mujer ve en los españoles de carne y hueso gente honorable y respetable y percibe, contra todo tópico romántico, en el catolicismo un valor y no un residuo de atraso.

No es materia de este texto ahondar en el vergel hoy olvidado de los malagueños pero tras la lectura de estas líneas escritas por alguien que había pasado su vida en los mejores jardines occidentales de su tiempo, justipreciaremos lo que no nos ha llegado hasta nuestros días, es decir, el Parque del Retiro, que debe su origen a fray Alonso de Santo Tomás, presumible hijo de Felipe IV y obispo de Málaga de 1664 a 1692. Dejemos hablar al príncipe austriaco:



Tarjeta postal coloreada de los Jardines del Retiro que circuló en la primera década del siglo XX. Ed. HSST. Colección F. Foj

(En los alrededores de Málaga) Buen Retiro, 27 de noviembre de 1859.

Salimos de Málaga al galope; a lo lejos se percibía el hermoso acueducto morisco iluminado por los rayos del sol, y llegamos a la aldea y al bosque de olivos que yo conocía ya. Aún estaban las parras cubiertas con sus hojas, en todas partes las flores embalsamaban el aire: hasta los árboles que comenzaban a desnudarse tenían un resto de verdura. ¿Era todavía otoño o era ya primavera? El cielo estaba radiante, la atmósfera tenía ese calor intenso que sentimos en nuestro país durante la estación florida. El canto de las alondras resonaba alegre en los aires; las golondrinas describían sus curvas caprichosas, y las mariposas volaban de flor en flor. En medio de las rocas que sirven de asiento en la aldea, vi un asno que buscaba cardos, disfrutando de aquel bello sol; y siguiendo mi camino, decía dentro de mí: “Más vale ser asno en Málaga que sabio en las regiones frías y húmedas del Norte”. Apenas cruzó por mi espíritu este indecente pensamiento, cuando siguió la respuesta, como sigue después de la culpa. Encontramos en medio del camino, en un lugar lleno de aloes, un pobre cuadrúpedo de orejas largas que agonizaba abandonado del universo, y cuya moribunda mirada parecía pedirnos auxilio e implorar nuestra compasión. Es verdad que entre nosotros en el Norte se ha visto a muchos sabios morir en el abandono, y sin haber tenido el beneficio de un sol caliente que ilumine su agonía.

Llegamos a Buen Retiro, y tocamos en la aldaba. Después de una larga espera, vimos aparecer al mayordomo, que balbuciendo nos preguntó si llevábamos permiso... Sin embargo, después de muchas explicaciones, logramos que se nos permitiese la entrada.

No hice más que recorrer las habitaciones que me eran demasiado conocidas, y repentinamente me encontré en el terrado, bañado por los rayos del sol y embalsamado con el perfume de las flores. Era como un sueño dorado en un palacio de hadas. Por todas partes a mi alrededor las ventanas y los balcones estaban cubiertos de jazmines en flor; las rosas de cien hojas se ostentaban con todo su esplendor; la rosa de la Alhambra y la salvia splendens, brillaban como llamas entre la yerba: innumerables naranjos estaban adornados con sus manzanas de oro. A la derecha el cuadro estaba circundado por una verde corona de doubangas seculares cargadas con su fruto; a la izquierda se veía desprenderse sobre un cielo transparente una balaustrada en que se alternan con regularidad estatuas de mármol de una blancura nacarada, naranjos de hermoso verde y grandes tiestos
.../ ...

.../...

de barro de formas caprichosas. Como un contraste de aquel conjunto tan gracioso iluminado con los dorados rayos del sol, una hilera de sombríos cipreses se levanta en el fondo del jardín. Salvando sus cimas severas, la mirada se extiende sobre la llanura rodeada por una cadena de montañas gigantescas. A la extremidad de aquella llanura se descubre la ciudad bañada por una reluciente atmósfera y asentada en el margen del mar, cuyas aguas tranquilas tienen el azul de la turquesa. Algunas velas pasaban en lontananza como las imágenes de un sueño.

Cuando uno se coloca en aquel terrado, se encuentra rodeado por los esplendores de la naturaleza más rica, combinados con todo el lujo de las artes: el mármol, la yerba y las flores se unen para producir una sensación que excita, calienta y eleva la imaginación. En semejantes momentos parece que todo florece dentro de nosotros, que nuestra alma tiene alas y que vuela, cantando con la alondra, por el puro éter de los cielos. Buen Retiro es un palacio aéreo: allí, en la soledad, bajo la sombra de los árboles seculares, sumergido en un océano de flores y aromas, ve uno extendida a sus pies la hermosa tierra con todas sus riquezas; la mirada abraza la mar sin límites: el mundo, con todo lo que encierra de vida y de movimiento, de esfuerzos y de luchas, se abre delante de nosotros como un inmenso libro que podemos hojear según nuestro capricho.

El verano jamás abandona a Buen Retiro: nunca aquella mansión se desnuda de su vestido de flores. Las personas de mi comitiva que no conocían España, ni el verdadero mediodía, estaban arrobadas en éxtasis. Semejantes hombres a quienes se hubiese trasladado bruscamente de una prisión tenebrosa a un salón espléndidamente iluminado y lleno de gente, no sabían hacia qué parte dirigir primero sus miradas. Nos paseamos por todos aquellos lugares deliciosos, por todas aquellas calles de follaje, que despertaban en mí los más dulces recuerdos, sin perjudicar al presente, siempre llenos de sorpresas...

Se necesitaron largas conferencias para persuadir al intendente de que nos enseñase los grandes juegos de agua del jardín, en razón de que se lamentaba de que gastándose el agua, faltaría para unas presas de aceite y apenas bastaría para las fuentes; pero en fin, cuando todos tomamos empeño, el buen hombre tuvo que ceder, hizo girar las llaves, se estableció la comunicación, por todas partes se oyó un sordo murmullo, y repentinamente apareció a nuestra vista la maravilla del Buen Retiro...

Mil arcos de agua caían en innumerables jarrones de mármol: una ancha cascada se precipitaba ruidosamente al pie de la balaustrada sobre anchas gradas; brillaban los

.../...

.../...

colores de las conchas avivados por el líquido elemento; saltaban las fuentes entre las flores y los matorrales del prado; un polvo plateado envolvía el negro follaje de los cipreses. En el estanque principal, ranas y lagartos lanzaban rayos de cristal; las divinidades acuáticas parecían deleitarse con la frescura del baño; millares de perlas húmedas brillaban gozosamente en el aire a los rayos del sol, y formaban sobre el fondo de verdura un arcoíris que se elevaba hasta el azul de los cielos. Colocándose en las parras, a la extremidad de los juegos de agua, se disfruta del conjunto de este cuadro mágico, que nuestro amigo el pintor supo reproducir con una rara inspiración... Quisimos hoy ensayar un poco la realización de esta armonía tomando nuestro lunch en el terrado de mágicas vistas, entre los aromas del jazmín; pero a la puerta de aquel paraíso estaba de guardia un ángel armado con la flamígera espada, bajo el aspecto de rígido mayordomo, y no quiso permitir que comestible alguno viniese a profanar el edén confiado a su cuidado. Nos declaró con tanta energía como oportunidad, que Buen Retiro no es una fonda, y que si se concedía a una sola persona el permiso pedido, después ocurrirían otras cien a quienes no se les podría negar. Procuramos corromperlo con algún dinero, y rechazó altivamente los ofrecimientos, con lo cual en vez de vil metal, ganó mi perfecta estimación.

Yo también soy dueño de un pequeño paraíso, donde una multitud de personas tendrá deseos de tomar su almuerzo, a la sombra de las camelias, sobre un delicado tapiz de césped, frente a las aguas del Adriático: quiera Dios concederme siempre un mayordomo igual a este.

La única concesión que nos hizo fue indicarnos el patio de la alquería como el más conveniente para saborear nuestros placeres culinarios. Desempacamos el hígado gordo en conserva, el salmón, el queso Chester y las carnes frías, y destapamos las botellas. La encantadora princesa ***, siempre amable, siempre activa, nos hizo un café delicioso, y monsignor hizo hervir la leche con raro talento; digo que con raro talento, porque consiguió hacer con aquella leche de cabra española, una crema muy agradable para un almuerzo de septentrionales. La alegría y la gracia sazonaron aquella comida, que no estaba demasiado mala para gentes arrojadas del paraíso. Ofrecí al mayordomo un vaso lleno de jerez; mas lo rehusó, considerándolo sin duda como un disimulado medio de corrupción. Me gusta que el español sea altivo, y entonces nos encontrábamos en un país y entre un pueblo que ha borrado del diccionario la palabra "vulgar"...

Con verdadero sentimiento dejé mi querido Buen Retiro y su magnífico terrado; pero el día era corto y nuestros momentos estaban contados (Habsburgo, 1869: 88-94).



Jardines, fuentes y estanques de la finca El Retiro en Churriana. Fotografías de diversos autores publicadas en 1945. Legado Temboury. Biblioteca Cánovas del Castillo de la Diputación Provincial de Málaga

No deja de ser asombroso que la pareja no se mencionase mutuamente en ambos textos. Incluso no sabríamos precisar quién erró en la datación del diario pues Carlota lo fecha el 29 y Maximiliano el 27. Nos inclinamos por la precisión de la archiduquesa ya que nos consta que el matrimonio estaba en Gibraltar el día 30. Lo que apasiona a uno deja indiferente al otro y viceversa; parecen divertirse sintónicamente, sólo coinciden en una cosa: la admiración por el carácter del pueblo español, lo que supone una enorme diferencia con la inmensa mayoría de los románticos de entonces a los que les gustaba más el clima y la historia de España que los españoles de carne y hueso. La pareja imperial alaba, yendo contracorriente de sus contemporáneos, la valía de los españoles comunes. Recordemos la frase de Maximiliano: *Ofrecí al mayordomo un vaso lleno de jerez; mas lo rehusó, considerándolo sin duda como un disimulado medio de corrupción. Me gusta que el español sea altivo, y entonces nos encontrábamos en un país y entre un pueblo que ha borrado del diccionario la palabra "vulgar".* O esta otra de Carlota: *¿Quién hubiera dicho que estos hombres de talla esbelta, de marcha elegante, no son sino miembros del pueblo? De hecho la palabra pueblo está desprovista de sentido en España; hasta el último mendigo, cada español es un caballero, es decir un gentilhomme.*

También coinciden en el gusto general por esta tierra a la que alaban sin comedimiento hasta llegar al paroxismo con las afirmaciones de Maximiliano: *Salvando sus cimas severas, la mirada se extiende sobre la llanura rodeada por una*

cadena de montañas gigantescas. A la extremidad de aquella llanura se descubre la ciudad bañada por una reluciente atmósfera y asentada en el margen del mar, cuyas aguas tranquilas tienen el azul de la turquesa. Algunas velas pasaban en lontananza como las imágenes de un sueño. O esta otra que no deja la menor duda de la absoluta sintonía entre el que escribe y la tierra que describe: *Más vale ser asno en Málaga que sabio en las regiones frías y húmedas del Norte.*

Debemos decir que no eran de piropo fácil y cuando así terciaba en su gusto no les temblaba la mano para describir con crudeza lugares estorbosos; escuchemos a Maximiliano hablando de Cartagena:

Cartagena, 17 de octubre de 1851

Pasé a bordo este día. Desde el 14 de octubre estamos en Cartagena, ciudad monótona y fastidiosa, cuyo aspecto nada tiene de interesante ni pintoresco; y fue para mí una verdadera dicha, ver a las seis de la tarde que las velas de la fragata se desplegaban y que comenzábamos el camino que debía llevarnos al país natal (Habsburgo, 1869: 185).

Lo que quiero destacar es que la positividad y el embelesamiento que esta ciudad obró en nuestros protagonistas no era lugar común.



2.3. Málaga en la mirada foránea

Nuestra ciudad en un principio no estuvo incluida de manera preponderante en la agenda andaluza de la legión de viajeros extranjeros, en la que destacaban por razones obvias, dado el contexto orientalizante del romanticismo imperante, las ciudades de Sevilla, Córdoba, Granada y Ronda. Cádiz y Málaga se sitúan en una segunda línea en la prioridad de las visitas, ya que a priori no tenían el cartel y la fama de lo exótico, oriental, añejo, premoderno, bandoleril, gitano y folclórico de las otras capitales.

En el caso gaditano y malacitano, su condición marinera y su cercanía con Gibraltar permitió que se facilitara el arribo a sus muelles de muchos viajeros que no lo habrían hecho de haber transitado Andalucía por la vía terrestre. El poco atractivo de Málaga a priori y la dificultad evidente de llegar a la ciudad desde el valle del Guadalquivir, la hacía poco atractiva de alcanzar por la senda terrestre al quedar ostensiblemente fuera de la ruta habitual Córdoba-Sevilla-Antequera-Ronda-Granada. Por ello fueron más numerosos y generosos los que arribaron por mar que los que lo hicieron por tierra. Curiosamente el arribar a nuestro terruño por vía marítima o terrestre no fue baladí a la hora de asentar y fijar las opiniones que nuestra ciudad suscitó en estos observadores metecos de la realidad malagueña. La dificultosa caminata terrestre y lo abrupto y arisco del camino (desde Vélez y Alhama y más tarde desde

la ruta Colmenar-Loja o desde Ronda por la Sierra de las Nieves) pareció agriar el carácter de estos acuciosos impertinentes y los predispuso a una visión hipercrítica de la Málaga de entonces. Custine dice en 1831: *Málaga no es exactamente una ciudad bella, pero se encuentra en un lugar pintoresco* (García, 1995: 18). Jacob unos años antes (1811) afirma: *Como todas las ciudades españolas, Málaga ofrece un hermoso aspecto desde lejos, pero no soporta una inspección de cerca* (García, 1995: 18). En esta misma línea Cuthbert Hare en 1872 se queja: *Málaga es el lugar más caro de España..., cuando la visitamos, un viento huracanado soplabla del Este y levantaba por todas partes una polvareda de finísimo polvo blanco. Esta contrariedad, casi permanente, priva de todo placer al paseante* (García, 1995: 20). Nuestro viento de Levante que amargó la estadía de este viajero no es lo único que disgustó a los foráneos. Elliot en 1884 vocifera: *¡Un lugar horrible!... Todo es sol, mugre, tráfico, buques mercantes, malos olores, ruido de cascabeles de mulas, traqueteo de ruedas, gritos, chillidos, repugnancia y polvo... ¡Málaga es un lugar horroroso!* (García, 1995: 20).

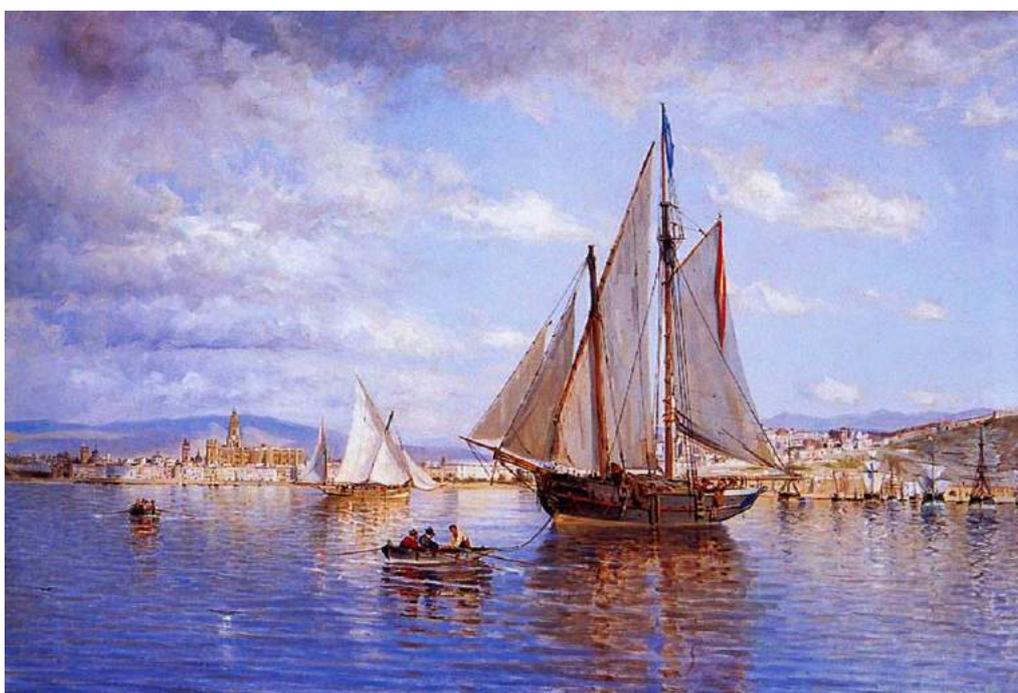
Por el contrario, sorprende la unanimidad de opiniones en los visitantes que lo hicieron por la vía de la mar. Todos los diarios, libros y notas que conocemos sobre estos viajeros recopilados por el profesor Francisco García Gómez, exaltan la belleza de Málaga desde el mar, para algunos confirmada al saltar a tierra y para otros desmoronada ante el contacto con la aparentemente no tan dulce visión de la ciudad tierra adentro. De los que desde el mar quedan cautivados por la villa fenicia destacamos

las palabras de Inglis quien en 1830 expresa: *Málaga tiene un aspecto impresionante desde el mar, está en el centro de una amplia bahía, flanqueada y dominada por las altas montañas y por las pintorescas ruinas de sus fortificaciones y su castillo, que ocupan la colina que se levanta al este, y parecen por su gran extensión los restos de una antigua ciudad* (García, 1995: 16). Botkin en 1845 aprecia: *Tomé el barco que venía de Cádiz a Málaga, desde el que escribo estas líneas. Nunca olvidaré la agradable sensación que experimenté cuando, despertando por el ruido de la cadena del ancla, subí al puente. El sol acababa de aparecer tras las olas: las casas blancas de Málaga aparecían cubiertas de un maravilloso tornasol rosa, y a su lado el azul oscuro del cielo matinal parecía teñido de un rubí opaco; por detrás de este conjunto de construcciones de color rosa vivo se perfilaban montañas de suaves contornos, recubiertas de una vegetación espesa...; por primera vez la*

vegetación de España se presentó ante mí tranquila y apacible (García, 1995: 16).

Amicis en 1873 confirma la magia de la llegada por mar a la bahía malacitana: *La ciudad de Málaga, vista desde el puerto presenta un aspecto agradable y majestuoso. A la derecha, una alta montaña pedregosa, en cuya cima y pendiente se ven las gigantescas ruinas del castillo de Gibralfaro...; y al pie de la montaña, la catedral, que se eleva majestuosamente por encima de los demás edificios que la rodean y lanza hacia el cielo, como diría un poeta atrevido, dos hermosas torres y un altísimo campanario...; a lo largo de la playa, una hilera de casas grises, moradas, amarillentas, con ventanas y puertas rodeadas de una faja blanca, que recuerdan los pueblos de la ribera de Génova... El puerto estaba desierto, la playa tranquila, el cielo puro y sin nubes* (García, 1995: 17).

De tal suerte que el mar regalaba al



Emilio Ocón y Rivas. Vista del Puerto de Málaga (1871) en www.juntadeandalucia.es/cultura

visitante la mejor cara de nuestra patria chica. Y de esto yo mismo soy fedatario por mor de haber tenido, por azares de crianza, la suerte de arribar innumerables veces a Málaga desde el mar encaramado en la proa del *Vicente Puchol*. A la entrada de la bahía y antes del atraque en el muelle de Cánovas o en el Guadiaro, quedé siempre absorto ante la contemplación del espectáculo de los montes clavados al pie de las casas y los edificios entre cielos profundamente celestes, de los frescos palmerales estorbados por silos de nuevo cuño, de la espigada y manca torre episcopal apenas visible por arquitecturas enfadosas, y de la imponente y derruida torre del homenaje nazarí dándonos la bienvenida a la Península.

Nuestros protagonistas se suman a los que viniendo del mar se cautivaron de la plaza, pero su mirada aporta originalidad, y esta nos dice mucho en torno a la cercanía en los resortes culturales de esta pareja con la cultura hispánica: no en balde Maximiliano aceptó el riesgósimo trono mexicano y rechazó el griego que también le fue ofrecido. La escena descrita por él mismo en sus cuadernos, en la que llora en Granada frente a la tumba de Fernando el Católico del que se cree heredero directo, nos indicia a comprender que este joven vienés se sentía en nuestra tierra trasplantado a sus orígenes remotos y le predispuso a la bonhomía en sus apreciaciones.

También sorprende en Carlota su capacidad retentiva sobre Málaga teniendo en cuenta que en toda su vida no estuvo más que un puñado de horas en nuestras calles. A pesar de ello retuvo Málaga en su memoria por muchos años, lo que la

lleva, estando ya en el trono mexicano, a acordarse de la *seu* malacitana en un viaje a Yucatán en cuya capital Mérida, al ver la vieja catedral caliza, de inmediato la compara por el tono de la piedra y por el estilo que ella llama morisco con la de Málaga.

3. Despedida

En este contexto se circunscribe la nueva mirada que desde este artículo pretendemos poner al disfrute y escrutinio de los lectores malacitanos. Si Merimée, Irving o Rilke desde la música, la literatura y la poesía, construyeron la imagen perdurable en el imaginario septentrional de Andalucía y sus tópicos orientalizantes, gitanos, flamencos, bandoleriles, sensuales y atractivamente decadentes, los textos a los que hoy nos acercamos trascienden esta visión y aunque circunscritos por tiempo, nacionalidad y estilo al romanticismo, aportan una panorámica diferente y ciertamente divergente a la de sus contemporáneos en lo que se refiere a Málaga particularísimamente.

Quiero imaginar el final de este pequeño alto malagueño de Maximiliano y Carlota. Ninguno de los dos describió en sus textos si durmieron o no en la ciudad. Quizá no lo mencionaron pues simplemente, y como Maximiliano hacía con frecuencia en Venecia, pasaron la noche a bordo del yate. De ser así, quiero imaginar, pues historiar también requiere de ensoñación, a la pareja llegando a la *Fantaisie* en plena noche, cansados tras ir

a Churriana y asistir al teatro. Me place verlos apoyados en cubierta viendo sumisa la ciudad escoltada por el Monte de San Antón y sus dos cimas siempre visibles desde la mar si arribas a la ciudad desde Levante. Los adivino a ambos oteando las velas de las barcas pesqueras de la playa de La Malagueta, esquivando el hollín de los vapores que saturaban el puerto aquellos días,

observando y siendo observados desde los fuertes que todavía flanqueaban la rada, y partir hacia sus camarotes tras ser testigos de la vieja silueta de esta ciudad milenaria, para al día siguiente zarpar rumbo a Ceuta y Gibraltar, antes de traspasar las Columnas de Hércules y poner derrota a las Terceras.

Ciudad de México a 1 de octubre de 2015



Charranes y marineros en la playa (1865) es una de las obras de Gustavo Doré que contribuyeron a la visión romántica de Málaga en el siglo XIX, muy vinculada al mundo de la pesca. De <http://cvc.cervantes.es/literatura/viajeros/>

4. Referencias bibliográficas

- DEL PASO, Fernando (1987): *Noticias del Imperio*, México, Diana.
- GARCÍA, Francisco (1995): "El urbanismo malagueño según los viajeros extranjeros en el siglo XIX", en *Baetica* 7-29, Málaga, Universidad de Málaga.
- HABSBURGO, Maximiliano de (1869): *Recuerdos de mi vida. Memorias de Maximiliano*, México, F. Escalante Editor.
- HABSBURGO, Maximiliano de (2013): *Viaje por España*, México, CONACULTA.
- IGLER, Susana (2005): *Carlota de México*, México, Planeta.
- REINACH, Hélène de (2014): *Carlota de Bélgica. Emperatriz de México*, México, Martha Zamora Editora.





Maximiliano de Habsburgo. Albert Graefle (1865). Óleo sobre tela. Museo Nacional de Historia de México
Reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia.
Secretaría de Cultura -INAH-MÉX.



Carlota de Bélgica. Albert Graefle (1865). Óleo sobre tela. Museo Nacional de Historia de México
Reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia.
Secretaría de Cultura -INAH-MÉX.



Málaga desde el paseo de la Farola (1892). Hauser y Menet. Biblioteca Nacional

EPÍLOGO

Suspiros austrohúngaros (pasodoble)

Miguel A. Moreta Lara

Director del consejo editorial de *Cuadernos del Rebalaje*

Eran una familia de cine, los del imperio austrohúngaro. Con Maximiliano y compañía habría material para un vodevil interminable, una saga infinita, un culebrón televisivo, un cuento de nunca acabar. Eran cuatro hermanos. El mayor, Francisco José I, resistió un largo reinado como emperador (1848-1916) y se casó -como todo buen aficionado al cine sabe- con su primita *Sissí*, Isabel de Baviera, una mujer de potente personalidad y seductora desde cualquier punto de vista. Una dama que, a pesar de ejercer de emperatriz, hizo siempre de su capa un sayo volador y disfrutó de una vida en la que los viajes en el yate *Miramar* por todo el Mediterráneo o sus escapadas al palacio de Gödöllö, cerca de Budapest, para encontrarse con su amado conde húngaro *Andrássy*, fueron la parte agradable de una existencia nerviosa (anoréxica, insatisfecha, amiga de los animales, sensible degustadora de las bellas artes). Por lo demás, vivió acosada, acompañada por dos cortesanas de negro: la locura y la parca.

La sombra de la tragedia personal y familiar ilustraría el cuadro de la leyenda para adultos de *Sissí*, golpeada por la muerte (1886) de su primo y amigo Luis



II de Baviera, *el rey loco*, otro personaje de película (véase *Ludwig II*, filme de Luchino Visconti, con el guapo Helmut Berger, hoy habitante de los infiernos), ahogado junto a su psiquiatra en el lago Starnberg. Tuvo luego que sufrir la violenta desaparición (1889) de su excéntrico hijo Rodolfo de Habsburgo, *Rudi*, el príncipe heredero, muerto junto a su amante la baronesa María Vetsera, en el escenario que se conoce como el crimen de *Mayerling* (otra película, ésta de Terence Young con Ava Gardner como Sissí), cuyos detalles fueron falseados ante la opinión pública y presentados como un suicidio pactado, un doble suicidio nunca totalmente esclarecido. También sobrellevó la muerte (1897) de su hermana Sofía Carlota de Baviera, que

había matrimoniado con el duque de Alençon, aunque poco después huyó con su amante el doctor Glaser (también casado) y fue recluida en un sanatorio de

donde salió para profesar entre las dominicas como sor María Magdalena (¡cómo no!): habiendo organizado un acto benéfico al que fueron invitados los hermanos Lumière se declaró un incendio (la cinta era muy inflamable) donde se abrasó. Sólo un año más tarde el anarquista italiano Luigi Lucheni se tropezó en una calle de Ginebra con la emperatriz *Sissí* y le clavó un estilete en el corazón.

El celuloide (que puede ser asesino, como en el caso de la hermana monja) se encargó de engendrar el mito rosa y pastelero de mujercita-adorable-apta-para-infantes y lo haría en la figura de la eternamente bella, bellísima Romy Schneider. Esta actriz austríaca no consiguió superar el dolor por el accidente (1981) de su hijo David (cayó y murió ensartado en la verja de su casa). Tocada por el alcohol, sucumbió Romy, al parecer por mano propia, sólo diez meses más tarde (su exmarido, Harry Meyen, se había ahorcado en 1979). La maldición de los archiduques, podríamos decir, que se extendía incluso a la carne de las estrellas -y familia- del cinematógrafo.

¿Dónde fabricaban tantos archiduques y aristócratas románticos para tan tupida red de araña? Había uno, Luis de Borbón-Dos Sicilias, que se casó con una hermana de la emperatriz y luego se lanzó (1886) al lago Zug (Zurich). Había otra, la joven archiduquesa Matilde, que murió abrasada (1867: aún no habían nacido los hermanos Lumière) al incendiarle un cigarrillo el vaporoso vestido en casa de su tía *Sissí*. Otro más, Juan de Austria-Toscana, que se convirtió en Juan Orth, adquirió un velero de tres palos (el *Santa Margarita*), se casó con una bailarina y desapareció en la costa argentina (1890). Hubo unos cuantos, desheredados por no renunciar a sus enamoradas morganáticas. Incluso hubo quienes fenecieron practicando la caza o la equitación... Y con tanta ruina y calamidad se terminó agotando el archiduquerío imperial.

El tercer hermano, Carlos Luis de Austria, se envenenó (1896) al beber agua del río Jordán. Su hijo, el archiduque Francisco Fernando, se convirtió en el heredero pero cayó abatido por las balas de un nacionalista serbio en Sarajevo (1914), el pistoletazo que inauguró la I Guerra Mundial. El cuarto de los hermanos, *Bubby*, Luis Víctor de Austria, el *Archiduque del Baño*, sobrevivirá a toda su familia, entre las ruinas de su inteligencia, soltero y homosexual, exiliado de la corte en su hermoso palacio de Klessheim.

Y llegamos al segundo de los hermanos, Maximiliano, el marido de Carlota, el emperador de México, que -antes de todos esos desastres acaecidos a su larga parentela- pereció ante un pelotón de fusilamiento en el Cerro de las Campanas (Querétaro, 1867). Las andanzas de esta pareja ha dado para mucho: relatos llevados en volandas de la leyenda, de la literatura, del cine, del arte y de la prensa (novelas, películas, canciones, dramas, óperas...). La mejor de todas, hasta ahora, es *Noticias del Imperio* (1987) del mexicano Fernando del Paso, recién distinguido con el premio Cervantes 2015. Más cercano a su tiempo, el poeta y premio Nobel italiano Carducci (1835-1907), tras llamarle "reyezuelo hambriento" (*affamato règolo*) y "caco imperial" en dos sonetos, le dedicó "Miramar", una de sus *Odas bárbaras*, donde hace un retrato ajustado y comprensivo del malhadado archiduque, peón de la sierva Francia, la feroz

España y la Anglia mercantesca: una víctima expiatoria de los colonizadores europeos.

Incluso, como sugerimos antes, la realidad alimenta el mito y copia a la ficción cuando se trata de unos protagonistas aventados por el huracán de acontecimientos históricos y políticos de tan singular relevancia. Unos años después del fusilamiento de Maximiliano apareció en El Salvador un personaje, Justo Armas, de notable parecido (acaso un doble, como en los filmes), que muchos hasta hoy mismo identificaron con el auténtico Maximiliano, aduciendo que nunca podía haber sido mandado fusilar por su cuate masónico Benito Juárez. Esta historia forma parte de la espléndida novela *La Tierra Ligera* (Ediciones de la Discreta, Madrid, 2000), urdida por el diplomático y escritor español Santiago Miralles.

De la familia de Carlota, la esposa de Maximiliano, no queremos dejar de mencionar a su hermano Leopoldo II de Bélgica, casado con María Enriqueta de Austria (¡otra archiduquesa austrohúngara!). Una hija de ambos, Estefanía de Bélgica, estaba casada con Rodolfo de Habsburgo, *Rudi*, el hijo dizque suicida de *Sissí*. Podríamos tirar del hilo de nuevo, pero acortaremos el relato belga aquí, evocando a Leopoldo II, el rey genocida, y su inolvidable faena en el Congo, recordada por Mario Vargas Llosa (en un artículo anterior a su novela *El sueño del celta*):

Durante un cuarto de siglo por lo menos el Congo fue desangrado, esquilmado y destruido en una de las operaciones más crueles que recuerde la historia, un horror sólo comparable al Holocausto. Pero, a diferencia de lo ocurrido con el exterminio de seis millones de judíos por el delirio racista y homicida de Hitler, ninguna sanción moral comparable a la que pesa sobre los nazis ha recaído sobre Leopoldo II y sus crímenes, al que muchos europeos, no sólo belgas, todavía recuerdan con nostalgia, como un estadista que, venciendo las limitaciones que la historia y la geografía impuso a su país, hizo de Bélgica por unos años un país imperial. La verdad es que detrás de la behetría y las violencias en que se debate todavía ese desdichado país se delinea la mortífera sombra de ese emperador que conquistó el Congo sin disparar un solo tiro y consiguió en menos de 20 años aniquilar a por lo menos 10 millones de sus súbditos africanos.

Pero hay que despedirse, ahora de Carlota *la loca*, que abandonó México antes que su marido, y hagámoslo con música. Una de sus canciones favoritas era *La Paloma*, la deliciosa habanera compuesta por el compositor vasco Sebastián de Iradier y Salaverri. Como a músicos e irónicos hay pocos que ganen a los mexicanos, éstos se burlaron de la

fugitiva emperatriz en una pieza titulada *Adiós, mamá Carlota*² que ilustra el fin de la intervención francesa en el país americano, cuya letra fue compuesta por el general Riva Palacio (1866) para pitorrearse de los imperiales (pueden oírla en: www.youtube.com/watch?v=qkpA4Eyc7AM, o en esta versión de más pachanga: www.youtube.com/watch?v=TA_fnQAB8ZY):

I

Alegre el marinero
con voz pausada canta,
y el ancla ya levanta
con extraño rumor.
La nave va en los mares
botando cual pelota.
Adiós, mamá Carlota;
adiós, mi tierno amor.

II

De la remota playa
te mira con tristeza
la estúpida nobleza
del mocho y del traidor.
En lo hondo de su pecho
ya sienten su derrota.
Adiós, mamá Carlota;
adiós, mi tierno amor.

III

Acábanse en palacio
tertulias, juegos, bailes.
Agítanse los frailes
en fuerza de dolor.
La chusma de las cruces
gritando se alborota.
Adiós, mamá Carlota;
adiós, mi tierno amor.

IV

Murmuran sordamente
los tristes chambelanes.
Lloran los capellanes
y las damas de honor.
El triste Chuchu Hermosa
canta con lira rota:
adiós, mamá Carlota;
adiós, mi tierno amor.

V

Y en tanto los chinacos
que ya cantan victoria,
guardando tu memoria
sin miedo ni rencor,
dicen mientras el viento
tu embarcación azota:
adiós, mamá Carlota;
adiós, mi tierno amor.



Fotografía: Romy Schneider en el film "Sissi". 1955. <https://commons.wikimedia.org>. Fuente www.gettyimages.co.uk/detail/news-photo/

² Con el mismo título hay piezas teatrales de los mexicanos Miguel N. Lira, Dagoberto de Cervantes y Homero Aridjis, además de otras con diferentes títulos pero con el mismo tema de Segismundo Cervi, Francisco Llop, Julio Jiménez Rueda, Rodolfo Usigli, Agustín Lazo, Salvador Novo, Rosario Castellanos... En 1998 estrenó Vicente Leñero su obra *Don Juan en Chapultepec* (1998), sobre los supuestos amores entre la emperatriz Carlota y el poeta José Zorrilla.

Colección Cuadernos del Rebalaje

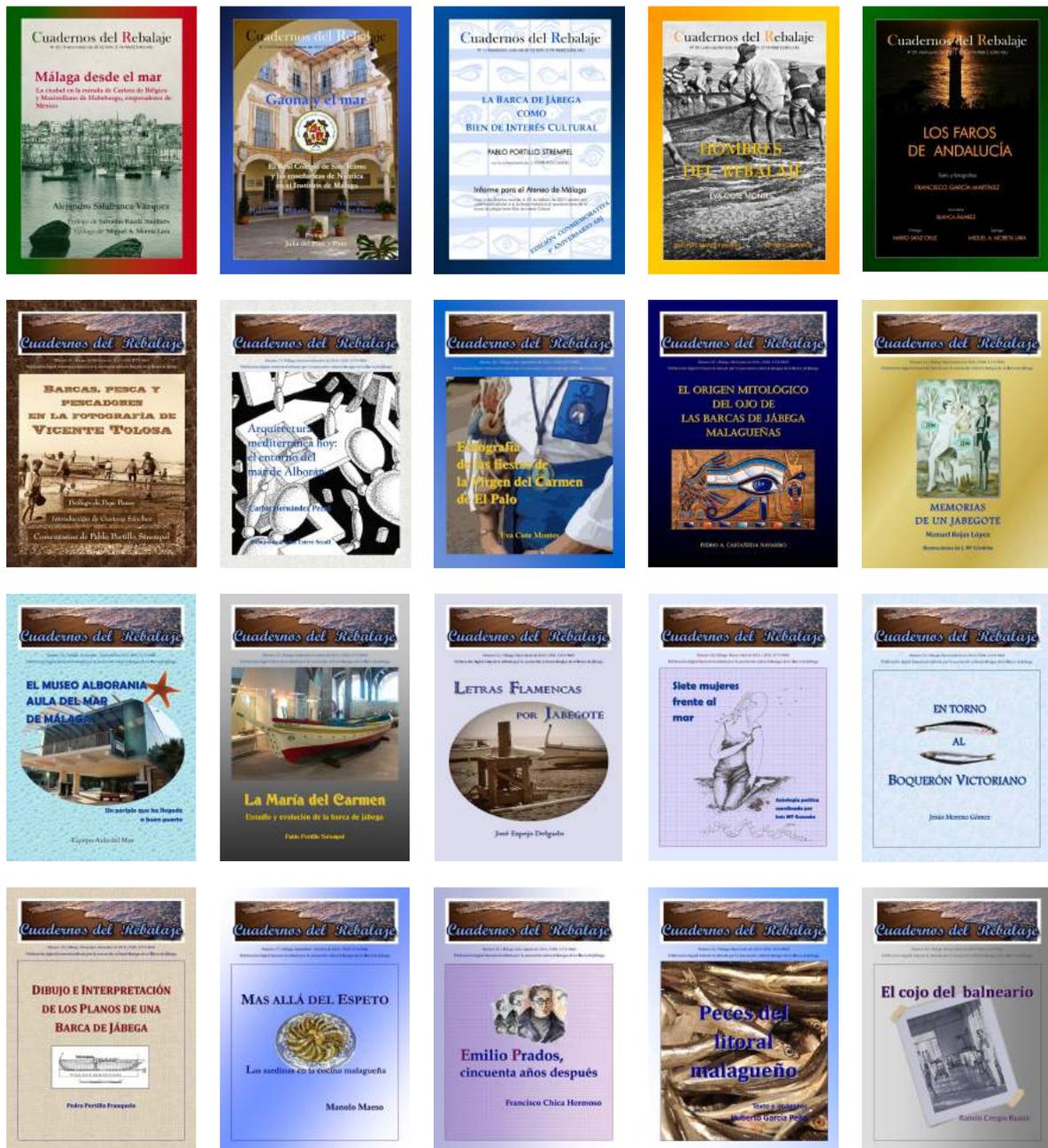
Núm. y título	Contenido	Autor/es
1 / LA BARCA DE JÁBEGA. INFORME PARA EL ATENEO DE MÁLAGA	Informe	Pablo Portillo/Felipe Foj
2 / EL SARDINAL MALAGUEÑO. UNA APROXIMACIÓN	Ensayo	Pablo Portillo Strempel
3 / 110 AÑOS DEL HUNDIMIENTO DE LA GNEISENEAU	Ensayo histórico	Pablo Portillo Strempel
4 / OJOBONITO. UN CUENTO DEL REBALAJE	Cuento	Ramón Crespo Ruano
5 / JABEGOTE: EL LITORAL DEL CANTE	Conferencia	Miguel López Castro
6 / EL PEZ ARAÑA Y SU PICADURA	Ensayo científico	Andrés Portillo Strempel
7 / QUERCUS. EL ROBLE QUE QUERÍA VER EL MAR	Cuento	Mary Carmen Siles Parejo
8 / LA CHALANA	Ensayo	Pablo Portillo Strempel
9 / EL PACIENTE ALEMÁN DEL HOSPITAL NOBLE	Cuento	Leoni Benabu Morales
10 / GAVIOTAS DE MÁLAGA	Ensayo científico	Huberto García Peña
11 / PEDRO MOYANO GONZÁLEZ. EL ÚLTIMO CARPINTERO DE RIBERA DE MARBELLA	Entrevista/Memorias	Pedro Moyano/P. Portillo
12 / EL MAR Y NOSOTROS-ANTOLOGÍA DE POEMAS	Poesía	Francisco Morales Lomas
13 / LA PESCA EN LAS POSTALES ANTIGUAS DE MÁLAGA	Ensayo histórico	Felipe Foj Candel
14 / EL COJO DEL BALNEARIO	Cuento	Ramón Crespo Ruano
15 / PECES DEL LITORAL MALAGUEÑO	Ensayo científico	Huberto García Peña
16 / EMILIO PRADOS, CINCUENTA AÑOS DESPUÉS	Ensayo literario	Francisco Chica Hermoso
17 / MÁS ALLÁ DEL ESPETO	Ensayo	Manuel Maeso Granada
18 / DIBUJO E INTERPRETACIÓN DE LOS PLANOS DE UNA BARCA DE JÁBEGA	Monografía	Pedro Portillo Franquelo
19 / EN TORNO AL BOQUERÓN VICTORIANO	Ensayo	Jesús Moreno Gómez
20 / SIETE MUJERES FRENTE AL MAR	Poesía	Inés María Guzmán
21 / LETRAS FLAMENCAS POR JABEGOTE	Ensayo literario	José Espejo/Miguel López
22 / LA MARÍA DEL CARMEN. ESTUDIO Y EVOLUCIÓN DE LA BARCA DE JABEGA	Monografía	Pablo Portillo Strempel
23 / EL MUSEO ALBORANIA AULA DEL MAR DE MÁLAGA	Reportaje	Equipo <i>Aula del Mar</i>
24 / MEMORIAS DE UN JABEGOTE	Memorias	Manuel Rojas López
25 / EL ORIGEN MITOLÓGICO DEL OJO DE LAS BARCAS DE JÁBEGA MALAGUEÑAS	Ensayo histórico	Pedro A. Castañeda Navarro
26 / ETNOGRAFÍA DE LAS FIESTAS DE LA VIRGEN DEL CARMEN DE EL PALO	Ensayo etnográfico	Eva Cote Montes
27 / ARQUITECTURA MEDITERRÁNEA HOY: EL ENTORNO DEL MAR DE ALBORÁN	Ensayo	Carlos Hernández Pezzi
28 / BARCAS, PESCA Y PESCADORES EN LA FOTOGRAFÍA DE VICENTE TOLOSA	Memoria gráfica	Pablo Portillo Strempel
29/ FAROS DE ANDALUCÍA	Reportaje	Francisco García Martínez
30/ HOMBRES DEL REBALAJE	Ensayo etnográfico	Eva Cote Montes

(cont.)

Colección Cuadernos del Rebalaje (cont.)

Núm. y título	Contenido	Autor/es
31 / GAONA Y EL MAR	Ensayo histórico	R. Maldonado y Víctor M. Heredia
32 / MÁLAGA DESDE EL MAR	Ensayo histórico	Alejandro Salafraña Vázquez

ÚLTIMAS PORTADAS



Cuadernos del Rebalaje es una publicación monográfica de periodicidad trimestral fundada en 2010 que tiene como objetivo difundir conocimientos relacionados con el mar Mediterráneo y su vinculación con las costas malagueñas y andaluzas, con sus gentes, sus embarcaciones, sus tradiciones y costumbres desde el punto de vista antropológico, histórico, geográfico, científico-técnico, artístico o de creación literaria. Se difunde preferentemente en formato electrónico por internet, autorizándose su reproducción siempre que se cite fuente y autoría.

Más información y acceso libre a todos los números en www.facebook.com/cuadernosr y en www.amigosjabega.org

Alejandro Salafranca Vázquez



Nacido en Málaga en 1969, criado en Melilla y formado en México, es licenciado en Antropología con especialidad en Etnohistoria por la Escuela Nacional de Antropología e Historia de la Ciudad de México y candidato a doctor en Historia Contemporánea por la UNED de Madrid. Ha sido editor en el grupo editorial malacitano Algazara-Aljaima (1992-1997) y fundador de la revista cultural en internet *lahuesuda.com*, donde ejerció como columnista semanal cultural durante tres años. Ha publicado el libro *La Pastoral Ilustrada y las Reformas Borbónicas: el caso de don Antonio Bergosa y Jordán, obispo de Oaxaca* (Málaga, 2006) y ha sido traductor de la obra de Paul Boppe *Los españoles en el ejército napoleónico* (Málaga, 1995). Ha desempeñado una larga carrera en la función pública mexicana, fundamentalmente en el gobierno de la Ciudad de México. Hoy ejerce el cargo de Coordinador Nacional de Desarrollo Institucional del Instituto Nacional de Antropología e Historia, institución federal encargada de la salvaguarda del patrimonio paleontológico, arqueológico e histórico de la República Mexicana de la que dependen 121 museos y 187 zonas arqueológicas abiertas al público.

Salvador Rueda Smithers

Licenciado en Historia por la Universidad Nacional Autónoma de México, tiene Maestría en Estudios de Arte por el Departamento de Arte de la Universidad Iberoamericana de la Ciudad de México. Ha sido titular de la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia (1995-2002) e investigador titular en el INAH (1975-2005). En la actualidad ocupa por tercera ocasión el cargo de director del Museo Nacional de Historia, Castillo de Chapultepec, en la Ciudad de México. Es miembro del consejo de editores de la revista *Historias* y del consejo de asesores de la revista *Relatos e Historias de México*. Entre sus principales publicaciones destacan: *Emiliano Zapata. Antología* (en colaboración con Laura Espejel y Alicia Olivera, México, 1988); *El diablo de la Semana Santa. Discurso político y orden social en la Ciudad de México en 1850* (México, 1991); *Jiquilpan, 1920-1940. Memoria pueblerina* (en colaboración con Guillermo Ramos Arizpe, México, 1994); *Códices y documentos sobre México* (2 volúmenes, en coedición con Constanza Vega y Rodrigo Martínez, México, 1997); *Pinceles mexicanos. Tres mil años de pintura* (México, 1998); *La Esencia de México* (México, 2000); *De la A a la Z. El conocimiento de las lenguas de México* (coordinación con Rodrigo Martínez Baracs, México, 2015).



Miguel A. Moreta-Lara



Es filólogo y catedrático de lengua y literatura jubilado. Entre los años 1993 y 2008 residió fuera de España: profesor en universidades de Marruecos y Hungría, así como asesor, agregado y consejero de educación en las embajadas de España en Rabat, Budapest, México DF y Bogotá. Fundador y director de la revista *Transatlántica de educación* (México) y miembro del consejo de redacción de *Aljamía* y *Cuadernos de Rabat*. Ha coordinado proyectos conjuntos de instituciones educativas de España con Marruecos y con diversos países europeos e iberoamericanos. Es autor de ensayos y artículos aparecidos en publicaciones de España, Marruecos, Hungría y México. Investigador de la cultura popular, escribió -al alimón con Francisco Álvarez Curiel- *Supersticiones populares andaluzas* (Arguval, Málaga, 1992), *Recetario de dulcería andaluza* (Arguval, Málaga, 1994) y *Los andaluces en el refranero* (Arguval, Málaga, 1995). Autor de *La imagen del moro y otros ensayos marroquíes* (Aljamía, Málaga, 2005), *Más amor y más sufrir. Cancionero de cuplés* (Arguval, Málaga, 2000) y -junto a Marta Cerezales y Lorenzo Silva- *La puerta de los vientos. Narradores marroquíes contemporáneos* (Destino, Madrid, 2004).



Un día otoñal de 1859 enfilaba la rada del puerto de Málaga el yate de la flota imperial austrohúngara la *Fantaisie*. De él desembarcaron Carlota (archiduquesa de Austria, hija del rey belga, sobrina del último rey Borbón de Francia, futura emperatriz del Imperio Mexicano) y su esposo Maximiliano de Augsburgo (archiduque de Austria, hermano del emperador austrohúngaro, almirante de la flota imperial adriática, virrey de Milán, futuro emperador de México). Venían desde Trieste y se dirigían a Brasil por la ruta de Madeira. La estadía de esta pareja en nuestra ciudad ha pasado prácticamente desapercibida en la historiografía española. Este artículo saca a la luz, por primera vez en España, los diarios que escribieron sobre su estancia malacitana: la pluma talentosa de una Carlota refinada e inteligente, y la visión de un Maximiliano que se siente heredero natural de Carlos I. Un texto delicioso sobre Málaga. Un diario magnífico nunca traducido al castellano. Una mirada inédita a la Málaga convulsa, desigual, industrial, marinera, velera y castiza de 1859.

**Ayudarte
no es estar
contigo
a veces.**

**Es estar
de tu parte
siempre.**

www.obrasocialunicaja.es

